

el éxito económico decide, como es sabido, el rendimiento competitivo en el mercado. Ella, la competencia, en unión con la visión del beneficio, refuerza nuestra disponibilidad para el rendimiento, que al final, beneficia a todos. Es cierto que el mercado necesita de una ordenación del entorno, que con reglas sabias permita una clara competencia. Tal ordenación debe impedir, en primer lugar, monopolios y cárteles, o sea, el “*dominio sobre los mercados*”. Se ha de impedir, sobre todo, un monopolio estatal que manipule y distorsione los precios (que deben ser los indicadores de escasez). En segundo lugar, tampoco se ha de permitir una economía que, a costa del entorno social y ecológico, sin miramientos a las pérdidas, se presente como una oferta barata y deje fuera de juego a una concurrencia que ha de operar en otras condiciones completamente distintas. Aquí aparecen ya algunos déficits globales, que también habían de ser valorados moralmente.

Con esto llegamos a una cuestión muy actual y acuciante. Se refiere a la posibilidad y necesidad de una Moral y Ética global. Buscamos una Moral que valga para todas las personas. Con gusto nos orientaríamos según imperativos morales que sean admitidos por todos y que por eso pudieran encontrar cabida en las condiciones de un orden económico global. Para ello volvemos siempre muy solos –frecuentemente después de mucho buscar– una y otra vez a los diez mandamientos. Ellos nos presentan algo así como una “*repetida experiencia de humanidad*”, y todo intento de negarlos o despojarlos de su vigencia ha desencadenado siempre sólo catástrofes. Yo afirmo que debemos descubrir de nuevo estas viejas normas y precisamente para la vida económica. Valen de la misma manera para judíos, cristianos y (con ciertas limitaciones) también para musulmanes. Y no sólo para ellos.

Resumiendo se puede decir que, desde la perspectiva de los diez mandamientos: no sólo nuestras llamadas élites tienen un problema moral y de orientación, sino que toda la sociedad está afectada por ello. Cualquiera se subleva exigiendo el Derecho, cuando él mismo es la víctima, pero no se detiene en muchas reflexiones, si es él el que hace víctimas a otros. Por eso considero necesario una consciente nueva orientación en los valores clásicos y perdurables, como los que aparecen en el Decálogo.

Lo decisivo es que, entre las generaciones y los géneros, entre las profesiones y las clases de nuestra sociedad, se consiga un mejor entendimiento de las reglas morales de nuestra convivencia y que nosotros también practiquemos estas reglas y las mantengamos.

Moral sólo para predicar y llenarse la boca, no basta. Ni tampoco que el severo “*Padre Estado*” nos inculque el camino del Derecho, lo que se puede conseguir mejor y de manera más convincente, por el camino de la libertad. Mediante ejemplos prácticos que nos estimulen a la imitación y muestren lo fácil y satisfactorio que puede ser el comportamiento moral. Entonces, a uno le aparecen los diez mandamientos, no como una norma moral impuesta desde fuera, sino como un ejemplo para imitar plausible y evidente, al que uno puede confiarse.

Brevemente, también en la vida de los negocios se muestra, y ciertamente en todo el mundo, cómo dependemos de los llamados valores morales permanentes y ejemplos que nos orienten. Estos no deben añadir nuevas dificultades a la ya de por sí complicada vida, sino facilitarla. Nos enseñan cómo se puede cooperar con la gente y relacionarse bien aunque no los encontremos simpáticos, o incluso, los tengamos por contrarios. Entonces parece claro que el comportamiento moral cuesta menos en esfuerzo y dinero que la utilidad que promete, por lo menos a medio y largo plazo. Las inversiones en credibilidad y confianza son siempre rentables y no sólo financieramente.

Prof. Dr. Dr. Wolfgang Ockenfels OP



Wolfgang Ockenfels, nacido en 1947, es desde 1985 profesor de Ciencias Sociales Cristianas en la Facultad Teológica de Trier. Después de los estudios de Filosofía y Teología en la Escuela Superior de los Dominicos estudió, siendo ya sacerdote, de 1974 a 1978 Ética Social y Economía en Friburgo (Suiza) y terminó

estos estudios con una tesis doctoral sobre el tema Sindicatos y Estado. A continuación trabajó como redactor del Rheinischen Merkur, como colaborador en el Instituto para Ciencias de la Sociedad en Walberberg y como asesor académico en la Facultad Teológica de la Universidad de Augsburg. En el año 1984 hizo la habilitación sobre el tema Fe y Política. Ockenfels tiene un gran número de cargos honoríficos, como el de Asesor religioso de la Federación de Empresarios católicos o consultor en el Consejo pontificio “Iustitia et Pax” en Roma.

Traducción al castellano: realizada por el Prof. Dr. Eugenio M. Recio Figueiras.

Fuente: “*Moralische Werte lohnen sich*”, FORUM: Vortragsreihe des Instituts der deutschen Wirtschaft Köln, Instituts der deutschen Wirtschaft, Köln, Num. 20, September 2007.

Prof. Dr. Dr. Wolfgang Ockenfels

Los valores morales son rentables

“El comportamiento práctico ejemplar en sentido moral –y también ciertamente en la Moral del trabajo y en la Moral crematística– juega un papel esencial en la transmisión de la Moral” dijo el Prof. Dr. Dr. Wolfgang Ockenfels, Profesor de las Ciencias Sociales Cristianas en la Facultad de Teología de Trier, con motivo de la reunión anual de la Asociación de la Industria del Metal y de la Electricidad de Rheinland-Rheinhessen (VEM) el 9 de mayo del 2007 en Bad Kreuznach. “Es decisivo aquí el efecto educador, que proviene de ejemplos concretos, como el de los padres y hermanos, de los amigos y de los ídolos. Y como modelos ejemplares pueden también influir los jefes, motivando, si ellos mismos son dignos de credibilidad y se merecen confianza”.

Sobre valores se habla con especial gusto y frecuencia, cuando estos se pierden. En tiempos en los que se viven los valores como algo natural y tradicional, no hay que dar muchas vueltas sobre ello. Pero en tiempos de la globalización todo el mundo discute sobre los valores y sobre un “*ethos mundial*” común. De un modo muy particular se discute abiertamente en Alemania: los partidos políticos aclaran una y otra vez la base programática de sus valores y casi no existe ninguna empresa ni asociación en la que no se proponga una especie de código de valores.

“Vivimos en una sociedad plenamente moralizada imperturbada por los conocimientos positivos económicos”

En el punto central de la atención están los valores morales. Es evidente que la Moral necesita de un modo particular que se hable de ella. Y cuanto más ocurra esto tanto más se moraliza. Vivimos en una sociedad plenamente moralizada imperturbada por los conocimientos positivos económicos. No pasa ningún día en el que los medios, sobre todo la prensa de *boulevard* y la televisión, no pongan sobre la mesa noticias sensacionalistas y desentierren escándalos morales. En una continua disponibilidad para el escándalo se preparan siempre nuevos casos y se ponen los dedos sobre las heridas que no se quieren curar. Nos encontramos con una gran cantidad de empresas, ciertamente las más grandes y conocidas en el país, que son cogidas con fuerza por estos escándalos. Sobre todo son acusaciones de corrupción, de un comportamiento moral deficiente de Managers que se debate ampliamente. La mayor parte de las veces se atiende al comportamiento incorrecto de los otros, los cuales “*allá arriba*”, por las élites, se somete a la mirada de la crítica moral. Nosotros “*aquí abajo*”, es decir, la mayor parte de “*nosotros*”, se tienen por inocentes por completo. Ellos se presentan como la referencia y ejemplo de la normalidad moral –inocentes como niños recién nacidos.

El tema moral que supera todos los demás es la corrupción y no sólo a partir de los antecedentes de Volkswagen y Siemens. En cuanto a las empresas medianas y pequeñas las acusaciones de corrupción son menos frecuentes aunque también en ellas juegan un papel. Donde hay una relación muy estrecha entre Economía y Estado, sobre todo si el Estado tiene un monopolio de demanda, no raramente se convierte en objeto de deseo. La corrupción está unida, la mayor parte de las veces, al soborno activo o pasivo, con un enriquecimiento privado contrario a cualquier contrato, que no se basa en una prestación, sino en trucos y acuerdos que soterran la igualdad de oportunidades.

El comportamiento práctico ejemplar, en sentido moral –y también ciertamente en la Moral del trabajo y en la Moral crematística– juega un papel importante en la transmisión de la Moral. No se trata de una transmisión puramente cognitiva de puntos de vista moral, o de la aplicación de recetas abstractas de Ética, sino de las maneras experimentadas de comportarse, llenas de sentido, que ya se ejercitaron en la “*cuna*”. Lo decisivo aquí es el efecto educador que proviene de ejemplos concretos como el de los padres y hermanos, de los amigos y de los ídolos. Y como modelos ejemplares pueden también influir los jefes, que solamente motivan, si son dignos de credibilidad y se merecen confianza.

Baches en la credibilidad y fallos de confianza surgen siempre, si se proclaman grandes valores morales y se exige de otros, lo que no se practica por su parte. Quien en público predica agua pero se le pilla bebiendo vino se encuentra con un problema de credibilidad.

Desde hace algún tiempo se preocupan nuestras élites económicas y políticas de la caída de su reputación. En el espejo de la opinión pública su imagen se ha deteriorado de un modo notable en los últimos años. En muchos casos singulares, la pérdida de la confianza significa, al mismo tiempo, una desventaja económica. Confianza y credibilidad constituyen un capital que se contabiliza y que se debe invertir para conseguir éxito a medio y largo plazo. Por el contrario,

ningún comportamiento es tan dañoso para los negocios como el del que se comporta, en alguna manera, moralmente irresponsable.

Entretanto se ha comprobado de una manera empírica, que puede ser de gran valor económico si se invierte en estos recursos valiosos y escasos de los valores morales. “Los morales” no son de ninguna manera siempre “los tontos”, que solamente soportan los costes de sus esfuerzos morales, mientras que los otros como libres corredores embolsan lo que es útil. Más bien parece que antes o después se puede llegar a un equilibrio entre costes y utilidad.

“Los morales ´ no son de ninguna manera siempre’ los tontos”

De forma permanente una gran mayoría de directivos alemanes aboga en el Estado y en la Economía por una política orientada fuertemente “hacia valores”. Según informa el *Allensbacher* (Instituto para Demoscopia) nueve de cada diez encuestados de nuestras élites consideran necesario basar las decisiones de futuro cada vez más en valores. Pero ¿en cuáles? y ¿para qué?

Desde el año 1968 ha tenido lugar un “cambio de valores” en la conciencia de la población, que ha llevado, a través de sus tendencias individualizadoras y esfuerzos de emancipación, a una crisis de casi todas las instituciones, con exclusión del sector del tiempo libre, del ocio y de la diversión. La “autorrealización” marcada por el placer se ha convertido en la expresión mágica de nuestro tiempo. La toma en consideración de deberes, la renuncia a ejercitar y sacrificarse por un todo más amplio son consideradas impertinencias, como recortes de la libertad. Para sí se exigen sólo derechos que obliguen a los demás. Esto ocurre ciertamente también con el retroceso de las vinculaciones religiosas y de la iglesia y con la incapacidad de afrontar todavía a largo plazo vinculaciones fieles y seguras.

Nuestros debates sobre los valores versan sobre cuán controvertidos son los valores metafísicos, religiosos y morales, que suelen mantener unida nuestra sociedad, cuán desorientada esta la gente, cuán carentes de orientación se encuentran, sobre todo, los dirigentes. No se puede hablar de un “claro sistema coordinador de valores” (Renate Köcher) *de facto*, a pesar de que por muchos se demanda un canon obligatorio de valores. En verdad, se ha enraizado en muchas democracias occidentales aquel “relativismo” de valores que lamenta el Papa Benedicto XVI y que quiere que se supere. El peligro de una “dictadura del relativismo” parece haber llegado también a los niveles de la acción económica y al orden económico.

Por lo demás, no debemos esperar un nuevo canon obligatorio de valores morales de Roma. Si en el contexto de la globalización se pregunta por un “ethos mundial”, no

se debe querer descubrir necesariamente de nuevo la rueda. Basta con volver a recuperar los antiguos buenos diez mandamientos y proyectarlos sobre la actualidad. El que quiera establecer para su empresa un código de conducta, debe intercambiar opiniones con sus colaboradores el tiempo que sea necesario, para llegar después, desde una soledad total, a los diez mandamientos. Pues ninguno tolera con gusto, por ejemplo, ser despreciado por sus propios hijos (4º mandamiento), ser asesinado por los competidores (5º mandamiento), separarse del cónyuge (6º mandamiento), ser robado por los colaboradores (7º mandamiento), ser engañado por los proveedores (8º mandamiento), ser provocado sexualmente por los mandos (9º mandamiento), o ser presionado por la envidia y la codicia (10º mandamiento).

Si se trata de valores se han de aclarar primeramente algunas importantes distinciones. Pues hay que distinguir los niveles de la Moral y del Derecho, del Sistema y de la Persona. Muchos políticos creen que se puede compensar un déficit real en Moral, o un supuesto vacío en valores, mediante un Derecho que se imponga. Lo primero que frecuentemente se les ocurre es: endurezcamos las leyes. En esto hemos ido en Alemania muy lejos. Quizás hubiera sido muy bueno acordarse de la Moral y fomentar su transmisión y su puesta en práctica, antes de hablar de Derecho.

El Derecho impuesto y controlado por el Estado no es lo mismo que la Moral. La Moral presupone libertad. Si apenas hay un espacio de libertad para comportarse moralmente, si todo está ya jurídicamente regulado y controlado, firmemente establecido en un texto, parecerá que se puede prescindir de la Moral o que ésta queda reducida a una norma abstracta.

“Estoy seguro de que para la puesta en práctica del Derecho hay que gastar más que para la transmisión del decoro moral”

Para el resto del mundo, Alemania es el país con el mayor número de textos jurídicos. De “desregulación” *de facto* no se puede hablar. El empresario se convierte cada vez más en un funcionario, en cuanto que su rendimiento se reduce únicamente a la obediencia al Derecho frente a complicadas prescripciones y normas que son interpretadas de diferente manera por asesores jurídicos, jueces y otros expertos del Derecho. Y si no se ponen de acuerdo los expertos del Derecho laboral, social, económico y fiscal, se vive como empresario, que se confía en el consejo de los expertos, con un gran riesgo, y en algunos casos, con un pie en prisión. Con frecuencia las pequeñas y medianas empresas apenas pueden permitirse acudir al saber jurídico, a los muchos asesores o incluso a un despacho de abogados. Un buen asesoramiento es aquí muy caro.

Estoy seguro de que para la puesta en práctica del Derecho hay que gastar más que para la transmisión del decoro moral. Y se podrían ahorrar elevados costes de transacción, si la gente por sí misma pudiera aprender a comportarse como siempre se ha hecho. En esto tenemos

una gran necesidad de recuperarnos. Por otra parte, poco podremos avanzar sin personas moralmente responsables. Durante mucho tiempo nos hemos aferrado al automatismo de los sistemas e instituciones, como si éstos pudieran funcionar por sí mismos. La Economía Social de Mercado, por ejemplo, que entre nosotros se diseñó hace 50 años y ha estado vigente, necesita de un nuevo desarrollo para adaptarse a las exigencias de la globalización. El sistema de las reglas de la Economía Social de Mercado no actúa por sí solo. Necesita, sobre todo, de sujetos que la practiquen, la llenen de sentido, la configuren en su contenido y así la hagan atractiva. Y ella debería también demostrar su validez a escala mundial, es decir, en el espacio económico global, en el que los bandidos del pre-capitalismo creían que podían producir más barato a costa del entorno social y ecológico.

Lamentablemente la Economía Social de Mercado no se extiende al nivel mundial pues tiene validez solamente en el marco de un Estado nacional. Pero, incluso aquí, en nuestro país, podría fallar si no hubiera fuertes y activos defensores de este modelo de economía, principalmente en la clase media. El mejor sistema fallaría a la larga si no fuera sostenido por fuertes sujetos. Esto afecta sobre todo a los ambiciosos, y siempre expuestos al peligro, sistemas de libertad de la economía (economía de mercado) y de la política (democracia).

Una economía de mercado libre y, al mismo tiempo, Economía Social de Mercado, vive del presupuesto de que existen ciudadanos dedicados a la economía conscientes de sí mismos, que están dispuestos a desarrollar iniciativas, aplicar conocimientos y capital y desafiar riesgos. En pocas palabras: si no hay bastantes emprendedores responsables, suficientemente conscientes de que hay que rendir y moralmente dignos de confianza, la economía de mercado degenera en una economía autoritaria dirigida por el Estado en la que los empresarios se mutan en funcionarios. Y lo mismo ocurre en la Democracia. La magnífica Democracia que podemos construirnos según la Ley Fundamental, se hundiría alguna vez si apenas hubiera ciudadanos que se hicieran fuertes en su defensa y en la de los derechos fundamentales, de forma que la tomaran como un *deber* –y ciertamente también como algo honroso. Si apenas sólo alguno se interesara por las cuestiones importantes y por el bien común de la política y se presentara a las elecciones, afiliado a algún partido y dispuesto a formar parte del Parlamento, habría que olvidarse de la Democracia.

Esto significa, por tanto, que la conciencia de los valores debe ser efectiva en cada ciudadano y en las personas *antes* de que se establezcan los correspondientes sistemas, que de ninguna manera están sometidos a un automatismo. Nadie puede asumir una garantía eterna de su capacidad funcional. Las instituciones de nuestra sociedad pueden despeñarse hacia una grave crisis (y en parte, ya está sucediendo) si los sujetos mismos son quebradizos, decadentes y corruptos.

Por eso debemos acordarnos, de que somos nosotros, los ciudadanos, los que debemos estar interesados en ello. Que nosotros mismos somos los que debemos asumir la responsabilidad como colaboradores en las diferentes posiciones del Estado y de la Economía. La responsabilidad es una categoría moral eminente, incluso también en la Economía, que como economía de mercado y de competencia impone enormes exigencias a cada uno. En todo caso, esperamos de otros el cumplimiento de determinados deberes contractuales, aunque nosotros mismos prefiramos quebrantar nuestros derechos. La Moral se basa en la contraprestación, es algo recíproco y empieza ya en las “pequeñeces” de la vida, en las llamadas “virtudes secundarias”.

Para los católicos de las regiones del Rin y Mosela puede producirles cierto pesar que fueran sobre todo los colonizadores prusianos protestantes los que “a nosotros” nos han servido de guías en las cuestiones de las “virtudes secundarias”. Ellos han enseñado a los *Schlawinern del Rin*, qué importante es –incluso para el propio desarrollo– el trabajo disciplinado: puntualidad, limpieza, orden, aplicación y disponibilidad para el servicio, virtudes útiles que pueden ser decisivas para la eficiencia económica. En cualquier caso, no han merecido ser difamados por un político del Sarre, que por lo demás quiere dar nueva vida al desaparecido socialismo. En el entorno académico del 68, saturado de bienestar, pudo fructificar especialmente bien la frase de “la autorrealización placentera unida al abandono de la disposición a las prestaciones y al servicio”.

Pero ¿cómo queremos introducir hoy en Alemania una “Sociedad de servicios”, si no hay ninguna disponibilidad suficiente para servir? Además no se puede dar en una economía de mercado una pura autorrealización autárquica, porque en este modelo económico el cliente es el rey y el consumidor soberano. Los que producen deben asumir una función de servicio, deben hacerse útiles para otros, ofreciéndoles productos y servicios de calidad y a buen precio. Ellos deben hacer desaparecer la escasez, es decir, la pobreza. En esto consiste una alta meta moral de la Economía de Mercado. Y ciertamente con una dimensión mundial “los chinos son también hombres”, decía una vez el anciano *Wilhelm Werhahn*, vástago de una católica familia de empresarios del Rin. Con esta advertencia anticipaba la justificación de lo que hoy está en la boca de todos como “Globalización”. Con este argumento se puede hacer callar a los críticos de la Globalización. ¿Por qué no pueden los chinos y otras economías tener el derecho de hacerse presentes en los mercados internacionales, aunque se encuentren en una desigual relación de concurrencia con nosotros?

Desde un punto de vista cristiano no hay en el mundo ninguna clase, raza o nación de “superhombres”, porque todas las personas, por muy diferentes que puedan ser, tienen la misma dignidad y los mismos derechos humanos. Y si se dice que los “chinos” son los “prusianos” de Asia, se piensa enseguida con una cierta admiración en las mencionadas “virtudes secundarias”, que con el tiempo han perdido los alemanes. Esto lo experimentamos ahora claramente. Sobre